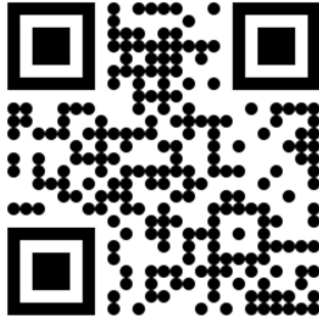




Hoy Podemos Evitar un Asesinato

Autora: Ximena Patricia Curay Correa

A las 11 de la mañana, un anuncio resonó entre los pasillos de la Unidad Educativa Técnico Salesiano de Cuenca: “Por disposiciones del Ministerio de Salud Pública, mañana no vhabrá clases, hasta nuevo aviso”. La respuesta inmediata fue un estallido de gritos y sonrisas entre los estudiantes. En nuestra institución, las clases siempre habían sido obligatorias, ya que es un colegio con gran infraestructura que puede adaptarse a diferentes emergencias. De la misma manera, los docentes jamás nos detuvimos en ninguna circunstancia, como, por ejemplo, llegamos a laborar en medio de las manifestaciones de octubre de 2019, enfrentando una paralización de transporte. Sin embargo, en esta ocasión, el mensaje de suspensión fue imperativo para todos: alumnos y docentes debíamos suspender nuestras actividades.

La noticia despertó en mí una mezcla de emociones contradictorias: por un lado, la incertidumbre ante una posible paralización causada por una gripe colectiva; por otro, la alegría de imaginar más tiempo junto a mis hijas. Mientras los padres llegaban apresurados a recoger a sus hijos, las calles cercanas se colmaban de vehículos, y el caos se desataba en farmacias y supermercados, abarrotados por el frenesí de compras. En aquel momento, nadie podía prever que esto era solo el inicio, el preludio de un cambio radical en nuestras vidas. Estábamos al borde de una pandemia mundial, y ese día, sin saberlo, sería la última vez que vería en persona a ese tercero de bachillerato con el que celebramos, ingenuamente, la suspensión de clases.

Con el paso de los días, nuestra institución se adaptó a esta nueva realidad con una sorprendente rapidez. A través de plataformas digitales y tecnologías que ya utilizábamos en el aula, logramos mantenernos conectados, pero el optimismo inicial pronto dio paso a los retos profundos que la pandemia trajo consigo. Por ejemplo, entre las mayores lecciones que aprendí durante ese tiempo, fue entender que la educación no solo se trata de enseñar conocimientos académicos, sino también de brindar un apoyo integral a nuestros estudiantes, especialmente en tiempos de crisis.

Digo esto porque fui testigo de cómo la vida de algunos de mis alumnos se transformó profundamente. Un joven, antes líder y rebelde, ahora mostraba una vulnerabilidad conmovedora tras perder a su padre y a su abuelo. Otros, cuyos padres habían quedado desempleados, compartían amablemente conmigo productos cultivados en sus hogares, mientras otros jóvenes me ofrecían pasteles y otros artículos que elaboraban para subsistir. Esos gestos de complicidad, generosidad y afecto me recordaron que la educación trasciende los contenidos de los libros. Entendí que, como docentes, debíamos estar preparados para brindar un apoyo emocional significativo en tiempos de crisis, pobreza y pérdida. Escribo estas palabras porque las generaciones futuras deben comprender que quienes atravesamos la pandemia enfrentamos dolor, miedo, pérdidas económicas y familiares. Tal vez, todo ello nos enseñó el valor de la resiliencia.

Pero el dolor, la muerte y la pobreza no solo lo vivieron los estudiantes, sino también nosotros, los docentes. Mi esposo tuvo que cerrar su negocio, mientras mis hijas se adaptaban a las clases virtuales. Todos compartíamos el mismo espacio de trabajo y estudio en casa, lo que, en ocasiones, generaba tensiones. Las dificultades eran constantes: el estrés, las preocupaciones por la salud y la incertidumbre sobre el futuro. Sin embargo, a pesar de todo, la empatía en nuestra familia se hizo presente. A medida que mi hija mayor aprendió a cocinar con 7 años y mi hija menor atendía a clases sola, nos dimos cuenta de que, aún en medio de la crisis, la creatividad y la esperanza podrían surgir.

Algo que me conmovió profundamente fue presenciar cómo algunos de mis alumnos enfrentaban situaciones de violencia doméstica. Nunca olvidaré el caso de una alumna que apareció frente a la cámara con un moretón en su ojo derecho. Al preguntarle, me confesó, entre lágrimas, que su padre, tras perder su empleo, había comenzado a ser agresivo con ella y su familia. Efectivamente, la violencia doméstica, ya de por sí un problema alarmante y se estaba

agravando con la pandemia. En 2020, las llamadas a las líneas de emergencia por este motivo se dispararon, y las noticias reflejaban un incremento en las muertes violentas. Detrás de esas cifras no había solo datos fríos, sino historias de vida de personas cuya existencia se tornaba un caos en medio de la crisis. Por eso decidí actuar. La literatura, como una herramienta poderosa de transformación social, podía ser el motor para crear conciencia y promover el cambio.

Cuando las clases presenciales finalmente se retomaron, nuestra institución optó por un modelo híbrido que permitió continuar con las clases a distancia, mientras que también se retomarían algunos de los encuentros presenciales. Fuimos una unidad educativa pionera en el retorno progresivo. Entonces, como responsable de la asignatura de Redacción Creativa diseñé el proyecto “Hoy podemos evitar un asesinato”.

La primera fase del proyecto pretendió explorar a profundidad el género policial a través de la lectura de cuentos y fragmentos de novelas, dividida entre el aula y el hogar. Luego, los jóvenes compartían impresiones, análisis y vivencias en sesiones colectivas. Estos intercambios, realizados en un espacio de diálogo abierto, enriquecieron su comprensión del género al conectar los textos con sus conocimientos previos sobre libros y series policiales. Además, profundizaron en aspectos como la estructura, los escenarios y los personajes, fortaleciendo sus habilidades para argumentar y su capacidad para aprender en colaboración. Esta fase fue divertida para ellos ya que es un género presente en los video juegos y series a los que comúnmente acceden.

La siguiente etapa del proyecto se centró en la preescritura, donde los estudiantes, inspirados por los textos leídos, comenzaron a planificar sus propias historias. Como primer desafío, se conectaron con el medio ambiente, una actividad tan importante en pandemia, utilizando elementos naturales para crear una escena del crimen mediante la técnica del Land Art. Posteriormente, diseñaron retratos de

los personajes de su relato: el investigador y los sospechosos, quienes se relacionarían con esa escena. Sorprendieron con sus dibujos, dedicando gran parte de su tiempo a dar vida visual a sus creaciones.

El colegio tiene preparación académica en el área técnica, por lo que, pronto este enfoque artístico evolucionó hacia lo digital, aprovechando sus conocimientos técnicos en informática y diseño. Con el apoyo de los profesores del área técnica, los estudiantes digitalizaron sus personajes, explorando así las posibilidades de la educación transmedia. Adoptaron el rol de investigadores, recolectando pistas y diseñándolas en 3D con materiales naturales, identificando sospechosos y desarrollando pruebas, tanto de manera manual como virtual. Este proceso, además de estimular la creatividad y el trabajo en equipo, integró el aprendizaje de diferentes tipologías textuales — descripción, narración y exposición—, que posteriormente aplicarían en la construcción de sus relatos.

Con esta base sólida, redactaron un esquema de contenidos que les permitió planificar de manera estructurada los eventos y los giros de su cuento policial. Este esquema les ayudó a definir cómo resolverían la trama, garantizando que cada elemento encajara de manera coherente dentro de la narrativa. Además, facilitó el trabajo en equipo, ya que todos los miembros compartían una visión común y clara del desarrollo de la historia.

En la fase de escritura, los estudiantes estructuraron sus relatos siguiendo un esquema claro que garantizaba coherencia y cohesión, avanzando en dinámicas colaborativas. Tras finalizar sus historias, pasaron a la postescritura, donde aplicaron coevaluación, autoevaluación y heteroevaluación, procesos que promovieron la crítica constructiva y múltiples revisiones hasta perfeccionar sus textos. Como cierre, integraron sus habilidades tecnológicas para crear audiocuentos interactivos, incorporando fotografías de evidencias y personajes diseñados previamente, y difundieron su trabajo como auténticos youtubers. Este proceso híbrido, que combinó actividades

en casa y en el aula, les permitió adaptarse al contexto educativo y enriquecer su aprendizaje de manera significativa.

Pero el proyecto no terminó allí. En el currículo de la materia de Redacción Creativa, abordamos tanto textos literarios como no literarios, algo que ya habíamos trabajado implícitamente al construir un texto literario a partir de diversos géneros y tipologías. Sin embargo, en la segunda etapa, decidí enfocarme de manera más precisa en las características de los textos no literarios. Al preguntar a los estudiantes qué les había dejado el proyecto, sus respuestas fueron reveladoras. Muchos asociaban lo policial con series y videojuegos, y para algunos, había sido como “jugar de manera profesional”, según comentó uno de ellos. Agradecí sus aportes, ya que también aprendí de sus conocimientos técnicos. A partir de ahí, planteé una nueva pregunta: “¿Qué pasaría si este crimen fuera real? ¿Responderíamos con la misma alegría?”. Esta reflexión dio inicio a un proceso para distinguir claramente lo literario de lo no literario, explorando las intenciones comunicativas subyacentes en cada tipo de texto.

Así, con un Aprendizaje Basado en Problemas (ABP) se desarrolló una campaña social para concienciar sobre la violencia (de género, física, sexual, psicológica) utilizando todos los productos que ellos habían desarrollado en la etapa anterior. De esta manera, la primera fase de la etapa 2 fue de investigación, los jóvenes realizaron una exploración bibliográfica para comprender los derechos violados en los crímenes literarios, encontrando códigos y artículos legales pertinentes; y también entrevistaron a expertos (padres de familia o amigos peritos en temas de prevención de violencia). Luego, decidieron qué red social utilizarían para difundir su mensaje, seleccionando entre Twitter, Instagram o Facebook (ya que cada red tiene sus propias implicaciones) y realizaron un esquema de contenidos para planificar sus textos y diseños.

La segunda fase de la etapa 2 se centró en el desarrollo de productos para la campaña. El primer paso consistió en diseñar

un afiche publicitario que promoviera los derechos humanos y su relación con la prevención de la violencia. Para ello, los estudiantes aprendieron sobre la estructura de un afiche, explorando ejemplos prácticos proporcionados por la profesora, así como los principios básicos del diseño. Posteriormente, vincularon estos conceptos mediante herramientas como nubes y pizarras digitales, que les permitieron visualizar las consecuencias de la violación de los derechos humanos, evidenciando los efectos de la violencia y cómo la ley ecuatoriana sanciona estos actos. Además, se incorporaron recursos tecnológicos innovadores, como enlaces y códigos QR con realidad aumentada. En la tercera fase de esta etapa, la campaña se mantuvo activa durante 15 días en las redes sociales, lo que permitió una amplia interacción con compañeros del colegio y con personas de otros espacios. Finalmente, en la fase 4, los estudiantes aprendieron a elaborar informes, comprendiendo su estructura y los pasos necesarios para su redacción. Los resultados fueron presentados en una exposición guiada por la profesora, pero con una notable dosis de creatividad e improvisación por parte de los estudiantes, quienes destacaron tanto el impacto cualitativo como cuantitativo de su campaña.

Lo más interesante de los resultados cualitativos fue que cada grupo logró identificar las categorías que emergieron de los comentarios en las redes sociales. La mayoría de los participantes apoyaba la idea de frenar la violencia de género, compartiendo anécdotas personales y señalando lugares de ayuda. Además, los estudiantes reflexionaron sobre el impacto que el proyecto tuvo en sus vidas. Algunos mencionaron que los talleres les permitieron identificar comportamientos violentos que, de manera inconsciente, solían reproducir en sus relaciones de pareja. Otros indicaron que, gracias a la campaña, comenzaron a abordar en casa temas que anteriormente se evitaban, como la violencia de género. Incluso varios comentaron que los chistes machistas que solían contar ya no les parecían inocentes. Uno de los comentarios más impactantes fue el de un estudiante que,

al revisar las estadísticas de violencia, expresó su sorpresa al darse cuenta de que podía evitar un asesinato, y mucho menos formar parte de esa trágica realidad. Estas reflexiones evidencian el poder transformador del proyecto, tanto en su comprensión de la violencia como en su capacidad para generar un cambio en su entorno.

Todo culminó con un debate enriquecedor sobre el papel de la literatura en la perpetuación de las relaciones de poder. Lo interesante fue que la tendencia mayoritaria sostuvo que los relatos literarios y los textos no literarios tienen intenciones comunicativas distintas, por lo que no había necesidad de sentirse culpables por disfrutar de la estética del relato policial. Uno de los momentos más impactantes fue cuando una estudiante sugirió que, sin embargo, en las pistas que se dejan en el relato policial, se podrían incluir artículos, leyes y lugares de ayuda y acogida para las víctimas de violencia de género y sexual. Esa intervención fue una muestra clara de cómo el proyecto había logrado trascender hacia el discurso argumentativo. No se cuestiona lo que no se conoce y ya estábamos en ese punto.

Ese día del debate, que se realizó de manera presencial debido a que la situación sanitaria ya lo permitía, no pude evitar emocionarme hasta las lágrimas. Fue un momento de profunda reflexión y, al ver a los estudiantes compartir sus pensamientos, sentí que todo cobraba sentido y que el proceso llegaba a su fin. Lloré porque comprendí que estábamos saliendo de una pesadilla colectiva, pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que todos estábamos allí, caminando juntos, con la educación, en todas sus formas, sosteniéndonos con su amor y sabiduría en este proceso de transformación. Como maestra, fue la primera vez que impartí toda una materia a través de un solo proyecto, lo que me generó miedo e incertidumbre. Sin embargo, los resultados me sorprendieron gratamente, así como la profundidad del aprendizaje que logramos alcanzar. Los aprendizajes que me deja este tiempo y la resiliencia que he cultivado son algo que siempre llevaré en mi corazón.

